

## Intervención de Antonio P. Muñoz Carrión

“Queridos familiares de Miguel, queridos compañeros y estudiantes suyos: Siento en este doloroso momento una tristeza infinita. Necesito decirle algo a nuestro amigo y compañero, Miguel, y quiero compartirlo con vosotros, con quienes me siento muy unido en este momento.

Miguel: Desde aquel día en los setenta en que te oí intervenir por primera vez de manera entrecortada, pero segura, en la clase de Antropología política, surgió nuestro vínculo. Era a principio de los setenta. ¿Recuerdas que el profesor de Antropología Política explicaba las redes de influencia entre los reyezuelos y sus camarillas en el África subsahariana? No se me ha olvidado que, mientras los demás tomábamos apuntes, tú interrumpiste como un torbellino para ilustrar, con esas mismas teorías, lo que hacían los caciques cuando manipulaban a los pescadores para extraerles la plusvalía de todo su arriesgado sistema de vida. Poco tenían que ver aquellas teorías explicadas en clase con el marxismo, con la igualdad, con la libertad, con las clases sociales, pero al final, todos acabamos hablando de lo que tú deseabas.

Nunca imaginé que un compañero de clase conociese tan bien a Marx, ni que pudieras proyectar cualquier cosa de las que estudiábamos hacia el centro del problema que te impulsaba a cambiar el mundo. La pasión que mostrabas en tus intervenciones críticas en cada clase dejaban a los profesores atónitos. Tu persistencia en apropiarte de sus saberes para llevarlos a la práctica los agotaba, pero todos notábamos que te respetaban; acabábamos siempre hablando de la explotación de unos pocos humanos sobre todos los demás y de cómo podría sortearse ese inefable destino humano.

Siempre te negabas a aceptar que las aulas de la Universidad se limitasen a expender conocimientos meramente formativos. Saberes para ser evaluados. De ti han aprendido muchos cómo había que proyectarlos en las realidades particulares que nos rodean a todos en la corta distancia.

¡Qué prisa tenías! Frente al resto de los estudiantes de nuestra promoción parecías vivir en el reino de la inmediatez en aquella época, todavía con Franco, en la que todo se percibía en un futuro incierto y casi inquietante. Te movía la acción directa, que era tu manera de entender la vida, el vínculo con los demás; era lo que te impulsaba a la resistencia de cualquier artimaña de la vida. No tenías contemplaciones frente a la argucia y el engaño. Lo que has transmitido muchos años después en cada clase, porque nunca has sido un emisor con miedo a defraudar a nadie, ni tampoco un receptor complaciente, has sido para mí un ejemplo de la pasión por vivir; eso lo sabemos todos los que te hemos acompañado. Siempre he pensado, aunque no lo sepas, que estudiabas o, luego dabas clase, para el mismo objetivo: Cambiar lo que los demás daban por sentado cuando te resultaba injusto y empobrecedor para unos pocos.

En aquellas asambleas, que seguían siempre el mismo rito, el *centralismo democrático*, te mostrabas implacable, incansable, en la exposición de tus ideales más profundos, siempre al margen de toda etiqueta; daba igual si un partido u otro pretendían

convencernos y arrastrarnos hacia alguna de las acciones que desde aquella Facultad nos planteábamos para cambiar el régimen.

Tú siempre has sido libre en tu pensamiento. Nunca tuviste miedo a encararte a una sala con cien personas convencidas si algo te rechinaba. Siempre he admirado tu capacidad para plantarle cara a cualquier razonamiento que no te convenciese. No te aprisionaba nunca el escenario en donde mostrabas tu verdad, las verdades que te han movido a vivir. Tu sinceridad y convicción han sido siempre para mí ejemplares

Tus impulsos..., como cuando, sin pensártelo dos veces, desapareciste con tu guitarra de clase en abril de 1974 y te fuiste a cantar *“Grândola, Vila Morena”* a los portugueses en la revolución de los claveles. Volviste feliz. Luego nos la repetías por las tardes en el jardín de nuestra facultad. Cuando la escuchaba, me emocionaba en la estrofa que decía:

*“En cada esquina un amigo / en cada rostro igualdad / El pueblo es quien ordena / tierra de fraternidad”.*

En aquella época (mitad de los 70), no supuse que años más tarde acabaríamos trabajando en el mismo departamento compartiendo la Teoría de la Comunicación. Y mucho menos que dejarías tu marchamo en nuestra querida institución universitaria. Pocos lo consiguen.

Todos hemos vivido tu amor fraternal hacia aquellos que te han rodeado en cada momento; los alumnos, los compañeros, y a cualquiera que pudieras echar una mano.

Durante años hemos visto cómo transformabas a los estudiantes; escuchándolos, descubriéndoles dimensiones nuevas a cualquier hora, o en cualquier lugar.

Desde que te conocí en aquella clase de nuestra Facultad, hasta muchas décadas después descubrí que te movilizaba el alma del desasistido, del vulnerable.

Todos te recordamos por lo mismo. Todos los que te conocemos lo sabemos. Nos has puesto ante el espejo. Sin pretenderlo, nos has dado las claves necesarias para enfrentarnos a aquello que nos rodeaba y que no considerábamos justo.

Si te busco ahora sé que te voy a encontrar. Estás detrás de cada uno de los que te hemos rodeado. Hay rastros tuyos por donde uno vaya. No te imaginas lo que sé de ti. Las voces anónimas de los alumnos que hemos compartido me decían: *“El profesor Sobrino me ha dicho...”*, *“El profesor Sobrino me está ayudando a...”*, *“Gracias al profesor Sobrino...”*, y estas voces les salían del alma. Sé que su eco sigue resonando en el seno de aquellos a quienes has ayudado, en quienes has cambiado sus vidas para siempre. Tu dedicación siempre ha sido especial hacia los que venían de nuestro continente hermano, a veces desamparados por la burocracia o por cualquier traba.

Hoy sigues en nuestros lugares de vida. Lo sabe tu familia, te recuerdan aquellos pescadores gallegos de La Guardia, los profesores que nos dieron clase –no creo que ninguno te haya olvidado–, los compañeros del Departamento, y también los alumnos a los que has marcado con tu hacer vital, con el docente y el humano, que para ti

siempre han sido lo mismo. Me resultará extraño escuchar de lejos tu apasionada voz y no verte, pero tu intensidad vital y sincera me sigue resonando, me sigue tocando profundamente en los lugares que he compartido contigo.

Seguiremos. Un abrazo desde lo más profundo de mi alma, querido Miguel.